

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13).

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO).

El amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones, que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Cualquiera que recibe á un niño en mi nombre, á mí me recibe.

(MATH. XVIII).

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen a huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX).

Redoblad todas vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII).

—{33(DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia))33—

SUMARIO:

Adiós á los Misioneros Salesianos.

Justa protección.

AMÉRICA: Monumento á Don Bosco en la República Argentina.

ESPAÑA: Carta de Utrera.

Los verdaderos amigos del Pueblo.

Gracias de María Auxiliadora.

Necrología.

Historia del Oratorio de San Francisco de Sales.

ADIOS

DE LOS MISIONEROS SALESIANOS

y excelencia del apostolado católico.

De l'Unità Cattolica:

Después de celebrar con la pompa acostumbrada la fiesta de San Francisco de Sales y el aniversario de Don Bosco los hijos del inmortal Fundador del Instituto Salesiano han solemnizado una de aquellas ceremonias que por muchas veces que se repitan jamás dejan de contemplarse

sin indecible impresión. Nos referimos á la efectuada el 4 del corriente en la iglesia de María Auxiliadora, con motivo de la partida de numerosos misioneros salesianos. Cantadas las vísperas subía al púlpito el R. P. Evasio Rabagliati, Director de la Casa de Bogotá (Capital de Colombia) y jefe de los religiosos que son destinados á aquella República. Con palabra afectuosa y agradable, animada y elocuente manifestó el ministerio del misionero católico en general y pasó en seguida á hablar del misionero salesiano en particular. ¡Cuán grande y hermosa se presentaba la figura de semejante enviado de Dios, al cual no ánima la ambición de conquista, ni la avidez de terreno interés, ni el deseo de ver cosas nuevas, ni él de hacer científicos estudios, y que sin otra mira que la gloria de Dios y salvación de las almas atraviesa valeroso el océano, traspasa las altas montañas, penetra en las tribus salvajes, en las Pampas de Patagonia y las islas de la Tierra del Fuego!

Terminado el discurso, que fué oído por el numeroso auditorio con religioso entusiasmo, el coro de infantiles y admirables voces del Oratorio entonó el moteto *Veni dulcis Jesu*, del Illmo. Señor

Cagliero y luego el *Tantum ergo* de Falconara, en tanto el Illmo. Sr. Manacorda daba la bendición con el Santísimo Sacramento. Su ilustrísima habló á su vez é hizo notar el contraste que presentan los dos amores; esto es el terreno con el espiritual y el irresistible é incomparable poder de la caridad cristiana que inspira tan grandes y heroicos sacrificios. Pero la parte más tierna, la más conmovedora y verdaderamente patética de esta bellísima fiesta fué sin duda alguna el abrazo de despedida de los jóvenes misioneros, precedido de las santas y consoladoras palabras que la Iglesia destina á los peregrinantes y seguido del vivo entusiasmo de un golpe de pueblo que ansioso contemplaba aquel espectáculo y que se empeñaba en tomar más activa parte con besar las manos de los generosos apóstoles en el momento que hacían el sacrificio de cuanto puede halagar el corazón en la patria para ir á las apartadas regiones de América á enseñar la fe de Jesucristo.

Sobrehumana y divina es en verdad la misión del apostolado católico en la cual se informa y anima la vida del misionero. Una como fiebre de fundar colonias es la tendencia del siglo XIX en su último período. No hay nación europea que no trabaje con tal interés: la colonia hahecho una necesidad imperiosa de la sociedad moderna. Pero ahora como en tiempos pasados los nuevos colonizadores necesitan una especie de vanguardia que los preceda, la civilización material es ineficaz sin los sudores y sangre de los héroes del cristianismo. Pues bien estos precursores, estos héroes son los misioneros quienes con el conocimiento de Jesucristo llevan á los salvajes el de la verdadera civilización. La Iglesia del Señor sufre paciente las amarguras, las amenazas, las persecuciones con que hombres desnaturalizados la oprimen; en la mansedumbre y bondad de su corazón no ve sino hijos que salvar y va á buscarlos hasta en las más remotas é inhospitallarias comarcas.

El mismo Gioberti, aun en la época de su mayor extravío, veía al mundo actual como un vasto reino que desertando de la barbarie apresuraba sus pasos hacia una ciudadela que inexpugnable y majestuosa conserva intactos los puros gérmenes de la civilización y acoge á todos con amor. *Esta ciudadela indestructible es*

la Iglesia Católica, dice él mismo; ella es la que guarda el código y fuego sagrado de la civilización moderna; ella la que posee los secretos de salvación y protección celeste. Roma es el Capitolio del mundo.

Hijo amante de esta Iglesia, Don Bosco dilata su corazón y extiende sus brazos para favorecer á los infelices habitantes del otro lado del Océano. Delegado para esta santa misión por el Vicario de Jesucristo recibe en 1875 la bendición pontificia y comienza la empresa que en pocos años se ha realizado en casi toda la América del Sur. Recuerda las palabras del Evangelio encomendando á la Iglesia el encargo de dilatar la pacífica conquista con que llegue á formar un solo rebaño y un solo pastor. *Fiat, fiat*, exclama con viva fe y ardentísima caridad. Es menester ir á los salvajes y convertir á los bárbaros; y en el templo del Sagrado Corazón en Roma, obra preciosa de la caridad universal, levantado sobre la cima del monte Castro Pretorio, deberá un día entonarse el himno de gratitud y reconocimiento de todo el género humano.

La empresa acometida por Don Bosco continúa sus hijos, y la bendición del Vicario del Señor se repite para confortarles y asegurarles la protección del Cielo. Partid confiados y animosos ¡oh héroes de Cristo! la voz del Papa, la asistencia que vuestro Fundador y Padre os manifiesta desde el Cielo os servirán de aliento en las fatigas y peligros. Os acompañamos con particular afecto y hacemos votos por el éxito de vuestros santos, nobles y generosos trabajos.

JUSTA PROTECCIÓN.

Proteger á los que obran el bien es cosa justa, natural y debida. Tal protección es un medio de premiar á los buenos y de corregir á los malos. Esa protección y esa corrección constituyen un deber para todo aquel que puede practicarlas, y como todos lo pueden, claro está que todos deben ajustar en este punto su conducta á lo que pide la justicia y el bien social.

A la verdad, fijemos la atención en los hechos siguientes:

1º Todos tenemos que frecuentar el mundo de los negocios: los pobres para buscar trabajo y para comprar las cosas necesarias á la vida material; los ricos para comprar el producto del trabajo ajeno y atender á la subsisten-

cia y á la comodidad. Unos y otros *gastan diariamente* sumas que, juntas, representan caudales enormes.

2º Entre la multitud de tiendas y talleres que existen en una ciudad, hay muchos que son verdaderos focos de corrupción y de impiedad donde, al salir de la escuela, se pierden muchos jóvenes; así como hay otros que no ofrecen peligro serio ni para la fe, ni para las buenas costumbres de sus empleados.

De estos dos hechos se deduce:

Que los católicos deben cuidar muy atentamente de saber á donde va á parar el dinero de sus gastos diarios y deben emplearlo de manera que favorezca el trabajo católico, esto es, el trabajo honrado y moralizador.

De lo contrario, ese dinero, que representa crecidísimas sumas, vendría á ser una cooperación al mal y por consiguiente la ruina de la sociedad. Entonces el que lo gasta mal se convierte en instrumento de la injusticia y de la corrupción.

Es cosa clarísima que los católicos tienen el derecho y el deber de procurar la salvación de las almas en el campo del comercio y preciso es no olvidar que las casas de comercio son, para nuestros jóvenes, escuelas secundarias que producen, si son buenas, la vida de las almas; ó su muerte si son malas. El deber y el derecho deben movernos á procurar que las casas de comercio sean buenas; y esto lo conseguiremos dirigiendo nuestros gastos á las que favorezcan el bien y abandonando á las que obren el mal. De este modo seremos instrumentos de justicia y prosperidad.

La caridad es por excelencia el amor de las almas: exige, dice san Pablo, que todos nuestros actos se enderecen al mejoramiento espiritual del prójimo: *Omnia aedificationem fiant*; lo que no haríamos si dejásemos abandonado á la impiedad el mundo de los negocios.

Es evidente dice un ilustre escritor, que si en virtud de un convenio universal, la cantidad enorme de nuestras compras cotidianas, en lugar de ir á sostener el vicio y la impiedad, como sucede todos los días, fuese á favorecer con regularidad los establecimientos católicos; estos lograrían una prosperidad siempre creciente, con grandísimas ventajas para las buenas costumbres y la pureza de la fe, en el mundo de los negocios.

Si, con la firme resolución de proteger el trabajo católico, dirigimos nuestros más insignificantes gastos de modo que corrijan á los malos y recompensen á los buenos, habremos logrado, entre otras, una gran cosa es á saber que nuestras acciones más comunes se conviertan en otros tantos actos de caridad. Si al contrario, no permitimos que la Religión ejerza su influencia en los negocios, nuestra vida sólo será una serie de ac-

tos puramente materiales, egoistas y mundanos.

Esta benéfica protección puede realizarse individual y colectivamente.

Individualmente con procurar cada cual:

1º Abstenerse rigurosamente de comprar en casas que no guarden las fiestas ó que de cualquier manera sean enemigas de la verdad y del bien.

2º Dirigir todo el dinero de los gastos ordinarios y extraordinarios á los profesores, artesanos, casa de comercio etc. que se señalen por su respeto á la Religión y á la moral.

3º Influir, por medio de una constante propaganda personal, para que amigos y conocidos hagan otro tanto.

Unas cuantas personas bien intencionadas, una tan solo, en cada localidad puede, por estos medios, lograr grandes frutos.

Colectivamente: En los lugares donde fuesen varios los que quisieren unir sus esfuerzos para lograr el fin indicado; fórmese una *Sociedad protectora del trabajo católico*, atráigase á ella á las personas de buena voluntad, discútanse los medios más adecuados á las condiciones de cada localidad, hágase por medio de buenos opúsculos una propaganda que alcance la mayor extensión posible, y aprovéchese el concurso de todos los buenos sin distinción de sexo ni condición.

Esto no es una novedad, ni una ilusión. Así se ha practicado, así se está practicando en varias naciones de primer orden; así lo recomienda el bien de la patria, así lo aconseja la sabiduría y la experiencia de los grandes pensadores.

El cardenal Schwarzenberg, citado por la *Civiltà Cattolica*, se expresa como sigue: « Cumple á las asociaciones católicas buscar los medios de introducir y aplicar las enseñanzas, los principios, los preceptos y los deseos de la Iglesia en la vida del ciudadano y de la familia; así como también entre los hombres dedicados á los negocios y al comercio. »

El comercio, los negocios absorben casi toda la vida de casi todos los hombres. A los negocios encaminan actividad, memoria, entendimiento y voluntad.

Moralizar los negocios es, pues, poner al servicio de Dios, de la patria y de la sociedad una fuerza capaz de obrar los más estupendos prodigios.

Y no hay un solo hombre, ni un solo, que no pueda cooperar á tan grandiosa empresa.

AMERICA

Monumento á D. Bosco en la República Argentina.

En el diario de Buenos Aires, *La voz de la Iglesia*, leemos lo siguiente:

« Los hijos del insigne bienhechor de la infancia desvalida, tratan de erijir, en esta capital, un monumento al fundador de la Congregación Salesiana, Don Bosco.

« A ese fin se han repartido listas de suscripción entre los Cooperadores, para que éstos recaben de sus amigos, los fondos necesarios para realizar la idea, tan religiosa como eminentemente patriota, como bien se advierte al tener conocimiento de la circular que publicamos á continuación:

A los Sres. Cooperadores Salesianos y á los Suscritores de las Lecturas Católicas:

« No bien concluyó su gloriosa carrera el Sumo Pontífice Pío IX, una escogida reunión de Católicos Argentinos concibió la generosa idea de inmortalizar en esta capital el nombre del Pontífice de la Inmaculada, que un día pisó el territorio argentino para llegarse á venerar la prodigiosa imagen de la Virgen de Luján. — A los Salesianos cupo entonces la dicha de realizar aquel noble proyecto de los Argentinos, inaugurando con el producto de la caridad cristiana el Colegio Pío IX de Artes y Oficios, establecido en Almagro á fines de agosto de 1878.

« Ha llegado la época en que se ha creído oportuno hermanar con el augusto nombre de Pío IX otro, no menos simpático por los beneficios hechos á la humanidad, el de Don Bosco: dos almas y dos corazones íntimamente unidos con el solo interés de salvar la sociedad, educando la juventud, especialmente los niños pobres y desamparados.

« En vano podrá objetarse contra este nuevo proyecto de amor y gratitud la dificultad de los tiempos, y las numerosas obras de beneficencia, que van agotando las limosnas de los católicos caritativos. — La fe en la Divina Providencia, el afecto y veneración que los Argentinos profesan á la memoria de Don Bosco, y más aun la necesidad de ofrecer segura morada á tantos niños desamparados, mueven á los Salesianos á dar principio á la nueva obra, que ha de ser en esta República monumento perenne de la caridad cristiana en obsequio al Apóstol de la niñez en nuestro siglo.

« Sabido es que Don Bosco no era muy amigo de mudos y estériles monumentos, y para impedir que se le levantara uno en la plaza de María Auxiliadora, ordenó por testamento á los Salesianos que se colocara en ella una estatua representando á Moisés, que con su vara hace brotar un manantial de la

peña, símbolo del poder de la Fe y de la Religión en beneficio de la humanidad menesterosa (lo que él bellamente aplicaba á la vara de María Auxiliadora, que le proporcionó los recursos de la caridad).

« Lejos pues de contrariar los deseos de Don Bosco, hemos iniciado un monumento, no de simple adorno ó vano recuerdo, sino un nuevo cuerpo de edificio, capaz de 300 niños estudiantes de humilde condición, que llevará el nombre de *Obra de Don Bosco*, y formará un solo todo con el *Colegio Pío IX de Artes y Oficios* ya existente.

« Nuestros dignos Cooperadores y los beneméritos Suscritores de las *Lecturas Católicas* conocen ya á Don Bosco, y los prodigios que la Virgen de Don Bosco, María Auxiliadora, obró en favor de su Institución. A ellos, pues, nos dirigimos, como á los únicos apoyos, que la Obra de Don Bosco tiene en este País en medio de la escasez de recursos, con que estamos luchando.

« A los que á causa de las críticas circunstancias del País no les es posible hacer por ahora grandes limosnas, la caridad cristiana, que crece más y más, á medida que se multiplican las necesidades de los pobres, les ofrece ocasión de duplicar su actividad, *pidiendo á muchos una pequeña ofrenda*, como que todo corazón bondadoso siempre se halla dispuesto á ayudar al niño desvalido, que pide asilo, educación y trabajo.

« En una época como ésta, en que se han proyectado tantas economías públicas y privadas, no deja de ser oportuno el consejo que Don Bosco daba á los que mucho temen la pobreza, que « el medio más seguro de » economizar aconsejado é impuesto por el » Evangelio, es el de *hacer siempre alguna » limosna*, aunque pequeña, en pro de los » menesterosos, especialmente de los niños, » que aun no conocen los medios para pro- » porcionarse por sí mismos la subsistencia. »

« Los 500 niños pobres que se educan en nuestro Colegio han querido ser los primeros en cumplir este hermoso acto de caridad; é, imponiéndose privaciones y sacrificando los pequeños premios de su trabajo, han tenido la satisfacción de reunir 400 ps. mñ, valor de la primera columna de hierro de este nuevo edificio. — Abrigamos la consoladora esperanza de que nadie rehusará corresponder á esta invitación, y de que cada uno según sus recursos procurará imitar el ejemplo de los pobres niños, que experimentando el beneficio de la cristiana educación, quisieran que ésta fuera común á toda la juventud pobre de la República.

« Esto confiamos alcanzar, si nuestros Cooperadores y los Suscritores de las *Lecturas Católicas* se dignan aceptar el caritativo cargo de hacerse *Colectores de limosnas, por pequeñas que sean*, entre sus relaciones, haciendo circular la lista que les enviaremos, y dando á conocer el fin humanitario al cual se dirigen.

» Dios, que no deja sin premio ni siquiera un vaso de agua dado en su Nombre, concederá el galardón merecido á las personas y familias que concurren á esta obra de caridad cristiana; y los pobres niños y niñas que se educan en los veinte y cinco Colegios de Salesianos é Hijas de María Auxiliadora ya establecidos en esta República, levantarán junto con los Niños y Niñas de todos los demás colegios de Don Bosco sus manos al Cielo, para que llueva toda clase de gracias espirituales y temporales sobre sus bienhechores.

» Dándole anticipadas gracias por su generosa caridad, saluda á Vd. atentamente

S. S. S. y C.

SANTIAGO COSTAMAGNA, Pbro.

Director del Colegio Pío IX
de Artes y Oficios.

ESPAÑA

Carta de Utrera.

REYMO. SR. D. RUA.

Esperando sea de su agrado tomo la pluma para darle breve noticia de la muy simpática y conmovedora fiesta de san Francisco de Sales celebrada en esta ciudad de Utrera el día 29 de enero.

Precedió á ella una novena solemne. Al ver tanta gente reunida en nuestra iglesia, al ver la compostura de los niños del colegio, al oír aquellas notas melodiosas inspiradas por la devoción, el corazón se conmovía dulcemente hasta las lágrimas, mientras que una ardiente plegaria salía del pecho, henchido de gozo santo y de saludables sentimientos.

Predicaron durante la novena los Señores Don Juan Padilla, Vicario y Cura propio de Santa María; D. Francisco Parra Cura propio de Santiago: el P. Nietta de la Compañía de Jesús: y nuestro amado Padre y Director del colegio del Carmen, D. Ernesto Oberti: y siempre con grandísimo fruto. El Revdo. Sr. José M^a Camacho, Cura propio de S. Andrés de Sevilla, pronunció el panegírico: y supo con rasgos maestros pintar al Santo en todas las épocas de su vida, y mostrarlo como modelo cumplido para los fieles, cualquiera que sea su estado y condición. Si otras veces habíamos gustado profundamente la ciencia y el gran poder de la elocuencia de dicho orador, parécenos que en esta ocasión se excedió á sí mismo.

Asistieron á la función el señor canónigo Don José Fraile, á quien nos fué muy grato tener tres días entre nosotros; los Revdos.

Sres. Párrocos de Utrera, el Sr. Don Juan Padilla, y el Sr. Don Francisco Parra. También nos honraron con su presencia el señor Don Agapito Insausti, tenor primero de la catedral de Sevilla; el Sr. Don Ramón Soto, sochantre de S. Juan; el Sr. Don Vicente Peñalver, catedrático de filosofía en el Instituto de Sevilla; y el Sr. Don José Ruiz, licenciado en filosofía y letras y grande amigo nuestro.

El día siguiente 30 de enero se cantó la misa por los Cooperadores difuntos, y el sábado 31 se hicieron solemnes honras fúnebres en sufragio del alma del nunca bastante llorado Don Bosco.

Por la tarde, hubo lugar la reunión acostumbrada de Cooperadores Salesianos, para la conferencia de reglamento.

El referido Sr. Canónigo Don José Fraile, abrió la sesión con cortas pero sentidas palabras sobre el deber que tienen los padres de educar cristianamente á sus hijos, especialmente en los tiempos aciagos presentes. Habló después el Sr. Director Don Ernesto Oberti, y dió á conocer lo que son los Cooperadores Salesianos. « Muchos creen que el ser Cooperador quiere decir tan sólo recibir el diploma y el Boletín. Otros imaginan que el Cooperador tiene que dar una suma fija cada año. Otros piensan que sólo el rico puede ser Cooperador. Todos éstos están grandemente equivocados. El Cooperador es para los Salesianos ni más ni menos que un amigo, un hermano. Ayuda y coopera con la oración, con las obras, con las palabras, con los escritos: en todo lugar, en toda circunstancia, en todo tiempo, el Cooperador mira la causa de los Salesianos, como causa suya propia: y de ella trata y por ella se interesa como de los negocios de una misma familia á la cual Salesianos y Cooperadores pertenecen. Así entendida la obra de los Cooperadores es eminentemente útil á la Congregación, y por consiguiente á la Iglesia de Dios. »

Tal fué, en resumen, el discurso del señor Director, que pronunciado con fuego y con el acento del que habla por íntima persuasión, dejó profundamente impresionado el auditorio. El acto terminó con la bendición del Santísimo, según prescribe el reglamento.

Dígnese, Sr. D. Rua, recibir con benevolencia esta reseña hecha con el intento de participar al padre los goces espirituales de los hijos; y sírvase bendecir al que tiene el gusto de suscribirse afmo.

Cooperador Salesiano.

Los verdaderos amigos del pueblo

ESCRITO PARA LOS SALESIANOS

por el Ilustrísimo Sr. Obispo de Málaga.

(Continuación).

Entre los caracteres comunes de los santos hay uno, en el cual importa fijemos la consideración: son censores de las costumbres.

Desgraciadamente la mayor parte de los hombres viven olvidados de sus deberes, dejando continuamente lo que de ellos pide su condición de seres racionales y su altísima dignidad de cristianos. No sirven la razón y la fe de reguladores á sus actos, sino las concupiscencias, las pasiones, las que los llevan frecuentemente á donde ellos mismos no quisieran ir, pues aunque los desórdenes oscurecen la luz de la inteligencia, jamás las tinieblas son tan completas que nos impidan ver totalmente el abismo hacia el cual caminamos y la sinrazón de nuestros proceder. Cuando hemos abandonado la órbita, que nos señaló el Criador, harto comprendemos que vamos mal; sino que procuramos alucinarnos inventando pretextos y motivos para disculpar y aun para justificar nuestra conducta. El espectáculo de los santos echa por tierra todo el castillo que en nuestra locura habíamos levantado, el parapeto tras del cual pretendía nuestra maldad esconderse, y quedamos completamente al descubierto, patentizándose á nuestros ojos la iniquidad de nuestra vida, y la mala situación en que nos hemos colocado respecto á Dios y á nuestros semejantes. Por eso aunque los santos no hablen, aunque no suban al púlpito para tronar contra los desórdenes y extravíos de los pueblos, aunque no empuñen la pluma para poner de relieve en escritos llenos de noble indignación el repugnante cuadro de los vicios dominantes en su época, es indudable que sólo con su presencia predicán, y que sus hechos, tan distintos de los del resto de las gentes, son una muda pero elocuentísima censura de las costumbres públicas.

Quizá los pueblos al verlos y al sentirse heridos se indignan contra esos molestos censores, que vienen á despertar su adormecida conciencia y á turbar el reposo de su sueño. Acaso instigados por ese sentimiento insano, los persiguen en ocasiones hasta con cruel saña, rebajándolos en el común concepto, y aun calumniándolos villanamente, cual si fuesen sus enemigos; pero los pueblos mismos en el fondo de su corazón sienten otra cosa y saben que esos hombres, á quienes detestan por que ponen de manifiesto su modo injusto de obrar, son en realidad sus amigos, sus verdaderos amigos, casi nos atrevemos á decir sus amigos únicos.

Y no podían ser otra cosa. Prescindamos de la noción teológica de la santidad, por más que con sólo fijarnos en ella tenemos resuelta la cuestión, pues si la santidad es el amor de Dios, y el amor de Dios trae consigo el amor del prójimo y el amor del prójimo para ser legítimo ha de tener el carácter de universal, es evidente que la santidad engendra el amor del pueblo, amor fuerte, amor generoso, amor constante, amor llevado hasta la inmolación, por que se funda en Dios mismo.

Fijémonos sólo en el procedimiento, si de esta manera podemos explicarnos, necesario para llegar á la santidad. El tipo de esta habíase casi perdido ó como perdido para los hombres, desde que materializados por el sensualismo, y viviendo la vida de la carne se habían hecho incapaces de entender las cosas del espíritu; y aun más que nada inhábiles para penetrar el misterio de Dios y de sus soberanas perfecciones. Jesucristo vino al mundo para mostrarnos ese tipo de la santidad en sí propio, no consistiendo por lo mismo desde entonces la obra de la santificación sino en la imitación de Cristo, dechado perfectísimo de todas las virtudes, desde la más humilde hasta la más grande.

Pero es de notar que uno de los rasgos más salientes del carácter moral de Jesucristo fué su amor al pueblo. Jesucristo amó á los niños; por eso reprendió á los apóstoles cuando se los separaban, diciéndoles: *Sinite parvulos ad me venire*: dejad que los pequeñuelos vengan á mí: amó á los pobres, por lo cual defendió su causa, y abogó por ellos con tanta eficacia, como que afirmó que con él mismo se hacía lo que en favor del pobre se ejecutara: amó á los desgraciados, á quienes brindó con un asilo y refugio en su corazón, que nada menos que eso significaba aquella frase profundamente conmovedora: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos*: Venid á mí todos los que estáis trabajados por el dolor, y camináis cargados con el peso de la tribulación, y yo os fortaleceré: mas á todos estos amores juntó el del pueblo. ¿Porqué le rodeaban las turbas constantemente yendo en su seguimiento días enteros? Porqué veían las predilecciones que por él tenía el Celestial Maestro. ¿Dónde recluta éste sus apóstoles? No entre los cortesanos de Herodes; no entre los fariseos ni entre los doctores; sino entre los hijos del pueblo. ¿Con quienes anda de ordinario el Divino Salvador? Si bien á nadie se niega, su cortejo fórmanlo las muchedumbres, esto es, el pueblo. En fin, su nacimiento, su casa de Nazaret, su vida pública, todo nos revela el atractivo que el pueblo tenía por Jesucristo.

Ved porque los santos, siendo copia fiel de Jesucristo, á quien han procurado imitar en todo, se han distinguido siempre por su amor al pueblo. Aunque fueran reyes, como

el invicto s. Fernando, aunque brillaran á modo de lumbreras por su ciencia, como santo Tomás, aunque les rodeasen la admiración y los aplausos del mundo como á San Vicente Ferrer, jamás dejaron de interesarse por el pueblo.

Es, digámoslo en una frase, es que los santos por el hecho de ser amigos de Dios no podían dejar de ser amigos del pueblo.

IV.

Entre los santos de los últimos tiempos hay uno, menos amado sin duda de lo que serlo debiera á causa de que se le conoce poco ó se le conoce mal. No es su nombre popular como los de S. Francisco de Asís, S. Antonio de Padua y otros, que invocan á cada momento sabios é ignorantes, grandes y pequeños. Nos referimos á san Francisco de Sales. Aquellos que han estudiado el carácter y los hechos de este hombre admirable y han leído sus numerosos escritos, en los que parece palpar su hermoso corazón, le miran justamente como un varón providencial, y no creen exagerado, sino antes muy puesto en orden, apellidarle gloria de los modernos tiempos.

En efecto; pocas almas ha habido tan bellas como la de san Francisco de Sales; nunca se encontró en su pecho hiel, ni amargura en sus palabras, blandas siempre y suaves, como lo corriente del arroyo: en su frente brillaba la luz; pero más era esta la luz del cielo, que la del talento, aunque indudablemente era grande, sublime la inteligencia de Francisco: en sus modales se notaba la finura y la distinción propia de las personas más cultas y mejor educadas, y en fin su conversación agradable, instructiva, salpicada de edificantes agudezas, si bien jamás cáustica ni satírica hacia su trato por extremo ameno: en su presencia se respiraba no el ambiente emponzoñado de este mundo, sino el aire que respirarse debe entre los ángeles y los bienaventurados en la Jerusalem de las alturas.

Pero ¿á quien pertenece Francisco de Sales? ¿cuya es esta gloria? Todas las clases de la sociedad se la disputan.

La aristocracia de los blasones no es hoy lo que fué en mejores días: frívola, llena de vanidad, piensa solo en cosas de tierra: el círculo de recreo, la novela y el periódico, las visitas, el teatro, el paseo, los viajes, las partidas de diversión, ved aquí las graves ocupaciones de las gentes que forman lo que se llama la alta sociedad: los que en sus primeros años frecuentaron las aulas olvidáronse de lo que aprendieron, y el que quiere echársela de erudito ostenta una erudición trasnochada, que hace reír: el desprendimiento no es la virtud de los grandes personajes: suelen dar mucha cuando de ahí ha de resultarles honor: tiran y derro-

chan, si se trata de lucir y de divertirse; en sus convites emulan las prodigalidades de Lúculo; pero jamás por puro amor del prójimo hacen limosna, ó si la hacen es con mezquinidad; su afecto á la Religión y á la Iglesia, encarnación viviente de ella, es de ordinario muy tibio: así es que no entran en el templo sino el día festivo; el Sacerdote, siquiera sea el Párroco, no pasa en sus palacios del dintel, y solo se honra y agasaja á los que llevan hábitos morados ó rojos, es decir á los Obispos y Cardenales, por que se hallan ya á otra altura. Excepciones hay muy honrosas, nos complacemos en reconocerlo, de la regla común; pero desgraciadamente en el cuadro que hemos pintado ningún censor imparcial advertirá exageración. Esa aristocracia sin embargo tan olvidada y todo como está de sus tradiciones cristianas, tan fría como aparece para lo que á la piedad se refiere, reivindica como suyo á san Francisco.

En efecto la casa de Sales es de las más antiguas de Saboya: altos dignatarios, esforzados capitanes y hábiles diplomáticos hicieronla ilustre, figurando entre sus representantes, Gerardo de Sales, gentil hombre del Rey de Borgoña Rodolfo III: Jordan y Juan de Sales, aquel señor de gran poder en el siglo XIV y este escudero de Luis XI.

Respetabilísima y muy antigua era también la casa de Boisy á que pertenecía la señorita de Sionnaz, esposa más tarde del señor de Nouvelles, bravo militar que en repetidas funciones dió muestras de raro valor, así como acreditó singular habilidad en las negociaciones para el tratado de paz de Chateau-Cambresis, concluido entre los Reyes de Francia y España.

Estos dos insignes personajes, heredero el uno de la casa de Sales y de la de Boisy la otra, fueron los progenitores de san Francisco, quien por lo mismo pertenecía á la aristocracia de Saboya; no siendo su familia de esas, que empobrecidas se hundieron en la oscuridad, y solo conservan, como justificantes de su procedencia, antiguos blasones, sino de las que sostienen el lustre de su rango y disfrutan de universal consideración.

Sin embargo, preciso es decirlo. Francisco hacia poco caso de su nobilísima estirpe, y como si de ella se hubiese olvidado, jamás nombraba para alardear de grandeza á los hombres con quienes estaba enlazado por los vínculos de parentesco.

Las ciencias y las letras por su parte alegan derechos á la pertenencia de Francisco, y pretenden con más títulos que la aristocracia de la sangre, reivindicar por sí la gloria del preclaro siervo de Dios.

Dotado estaba Francisco por la naturaleza, como hemos indicado antes, de raras prendas, entre las cuales sobresalían un perspicacísimo ingenio, un juicio clarísimo, un gusto

muy delicado y una imaginación fresca y lozana. Por su parte él cultivó estas dichosas disposiciones naturales, dándose con alma, vida y corazón al estudio de las ciencias y las letras. Si á esto se añade que frecuentó las escuelas más célebres de su tiempo, como fueron las de París y Padua: que asistió á las lecciones de los maestros más eminentes, que á la sazón había, como Jacobo Sirmond, de quien aprendió la lengua y literatura griegas: Juan Francisco Suarez y Jerónimo Dandini, que le enseñaron la filosofía; el benedictino Guebrardo, que lo instruyó en el hebreo y en la Escritura: y Guido Panielo, el famoso jurisconsulto, que le explicó la ciencia del derecho, y en fin si se piensa que no perdonó diligencia ni esfuerzo para hacerse docto, se vendrá en conocimiento de que en todos los ramos del saber hubo de salir consumado.

Hay en él además una cosa notable. De ordinario, aun en este siglo nuestro, en que tanta importancia se da á la forma, los hombres de ciencia se cuidan muy poco del estilo, y desaliñados, incorrectos y hasta poco castizos en el lenguaje, sus escritos cansan, cayendosenos de las manos. Pero los de Francisco no son así: dotado el santo varón de una imaginación fecundísima, de una muy amena erudición y de una palabra fácil y elegante, cautiva en términos de que ordinariamente cuéstanos trabajo soltar sus libros.

A eso se debe él que se le haya dado un lugar entre los clásicos franceses, que la Iglesia le haya conferido poco ha el título de Doctor, y en fin que se le haya nombrado especial protector de la prensa.

No, pues, sin alguna razón la ciencia y las letras proclaman suyo á san Francisco de Sales.

Pero sale al encuentro de ellos el Sacerdote cristiano y dice: Mis derechos son preferentes á los vuestros; Francisco es mío.

Y efectivamente, nada resalta tanto en Francisco como el Sacerdote. El es el centro en derredor del cual gira su vida entera; los dones de naturaleza y gracia, que le adornan, constituyen, por así decirlo, los arreos y los ornamentos de su sacerdocio. Su inocencia y candor de niño, su tierna piedad de adolescente, sus estudios de jóven no son más que la preparación que al sacerdocio le disponen, como sus trabajos posteriores el cultivo de esa incomparable gracia, merced á ellos en gran modo fructífera. Todo en Francisco es por el Sacerdote, y para el Sacerdote. Ora..... para que la oración á manera de riego fecundice tan excelente semilla. Lee y estudia..... para darle savia de doctrina. Escribe..... empujado por el celo sacerdotal. Predica..... estimulado por su caridad de sacerdote. Trabaja incansable porque sacerdote se cree operario de la viña del Señor y obligado á no estarse jamás ocioso: como sacer-

dote vive, como sacerdote marcha siempre y como sacerdote muere. Alguna vez le hallamos en la corte, alternando con magnates, príncipes y aun reyes; pero no es el espíritu de vanidad el que á aquellos centros le lleva, sino el espíritu del sacerdocio: va á buscar aun allí no honras, no lauros, sino almas, la gloria de Dios.

Todo desaparece en Francisco ante el Sacerdote: el hombre, el sabio, el literato.... Preguntadle como se llama, y no os dirá su nombre de familia sino: El Obispo de Ginebra. Preguntadle por su blasón, y os mostrará la cruz que lleva en el pecho. Preguntadle por los libros en que aprende lo más sublime y elevado de su ciencia, y con el dedo os indicará el Crucifijo. Preguntadle donde tiene sus amores y el nido de su descanso, y con el dedo os señalará el Corazón de Jesús.... En fin ¿para que más hablar? Francisco es, todo él, sacerdote desde los pies á la cabeza, por dentro y por fuera, en el alma y en el cuerpo: es solo sacerdote, nada más que sacerdote: no lo busqueis para cosa que no tenga relación directa ó por lo menos indirecta con el alma, por que no lo hallareis: aquel carácter tan dulce, tan benévolo, tan complaciente se levantará enérgico y os resistirá con fuerza: es Sacerdote siempre, de día y de noche, en las horas de trabajo y en las horas de solaz; en medio del mundo y en el retiro de su gabinete. Francisco, concluyamos, es en toda ocasión y circunstancia el mismo; el Obispo de Ginebra, ni más, ni menos.

No son, como se ve, malas las razones en que el sacerdocio cristiano apoya sus reclamaciones acerca de la pertenencia de Francisco.

Pero aun hay quien con fuerza grita: Es mío, y ese que esto dice es, ¿lo sabéis? el pueblo.

Hemos hablado en otro lugar de la amistad, definiendo esa palabra *amigo*, que tan dulcemente suena en los oídos de todo aquel que sabe sentir. Séanos lícito volver al mismo tema, recordando frases de un hombre célebre, gloria de la humanidad y ornamento de la Iglesia Católica. Cuando Jerónimo, aquel esplendoroso sol de Oriente, que por tantos años iluminó al mundo declinaba hacia su ocaso, un astro nuevo, brillante, magnífico se alzaba en Occidente. Era Agustín, el águila de los Padres, el doctor de los doctores, como bellamente lo ha apellidado Bossuet. Entre los grandes genios existen misteriosas afinidades, y á no ser que en medio de ellos alce infranqueable muro la emulación, ponzoña que suele introducirse en el pecho de los más eminentes varones, unos á otros se atraen, se acercan y se comunican. Si las estrellas del cielo fuesen capaces de conocimiento y amor, al verse unas á otras brillar aun de lejos se saludarían, enviándose prendas de su mútua simpatía. Esto acaeció á Agustín

y Jerónimo, en cuyas nobles almas no cabían envidias ni mezquinas rivalidades. Los dos exclarecidos maestros no se conocían, ni se vieron jamás, pues cuando Jerónimo era en Roma durante el pontificado de S. Dámaso, oráculo á quien todos consultaban, Agustín se hallaba en Africa envuelto todavía en sus errores y en sus vicios. Pero luego que el hijo de Mónica, ya convertido, regresó á la tierra natal, volvía los ojos, dice el abate Lagrange, hacia los monasterios de Paula, de donde salían tan admirables trabajos acerca de las santas Escrituras; y deseó vivamente visitar á Jerónimo, ya anciano y oprimido de dolores: mas su flaca salud no le permitía emprender peregrinación tan larga, por lo cual envió á Belen, á Alipio, su más tierno y fiel amigo. Con ocasión de este viage, Agustín escribía á Jerónimo estas bellas frases: No se conoce tan bien á aquellos, cuyo rostro se ve todos los días, como yo os conozco por vuestros escritos. Solo me falta para conocerlos todo entero haber visto lo que en realidad es la menor parte de vos mismo, vuestra persona. Y aun puedo afirmar que la conozco, porque Alipio la ha visto y Alipio es.... yo mismo: él y yo somos uno solo, por la amistad á lo menos, pues por la virtud él me lleva gran ventaja. ¿No es hermoso este lenguaje? ¿No cautiva esa idea tan elevada que Agustín da de la amistad al pintar lo que Alipio era para él y él para Alipio?

Concluamos de aquí que cuando dos amigos se aman de veras bien puede decirse de ellos que el uno es del otro. En este sentido el pueblo puede apellidar suyo á Francisco de Sales, pues en efecto uno de los más hermosos títulos que decoran á este insigne Santo es el de amigo del pueblo.

GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA

Curación milagrosa. — Hacía tiempo que el joven B. M. sufría de epilepsia, cuyo terrible mal solía acometerle en la noche con peligro de que muriese sofocado. Grande era el dolor y angustia de la familia, la cual alarmábase y pasaba en vela cada vez que esos ataques ocurrían. Por fortuna acordóse un día la madre del enfermo de las muchas milagrosas curaciones obtenidas por intercesión de María Auxiliadora y fué á ver al R. S. Don Miguel Rua para recomendar al hijo en sus oraciones y de todo el Instituto Salesiano.

Prometióle Don Rua que cumpliría sus deseos y entre tanto dióle una medalla de María Auxiliadora para que la colgase al cuello del doliente. ¡Oh milagro! Desde ese mo-

mento no ha vuelto á padecer ataque alguno; y hoy la madre ha venido trayendome una ofrenda para la iglesia de María Auxiliadora para manifestar así su reconocimiento.

C. FRANCISCO TOMASETTI.

7 de agosto de 1890.

Memorable novena. — Hacía un año que mi hermana Elena sufría de una enfermedad dolorosísima del hígado, rebelde á todas las medicinas administradas por los más famosos médicos.

En marzo del presente año, habiendo invocado la protección de san José el mal disminuyó sensiblemente; pero más tarde recrudesció de tal modo que la enferma estaba á la muerte. Hicimos entonces una novena á María Auxiliadora y al punto fuimos escuchados, pues mi hermana sanó completamente.

SINA M.

Weyer (Prusia Riniana), 15 de agosto de 1890.

María me dió la salud. — Atormetada durante tres años por una enfermedad que repetidas veces los médicos más distinguidos á los cuales había visto, habían declarado incurable si no me sometía á una seria operación, vinome el pensamiento de recurrir á María Santísima Auxiliadora y como expresar mi consuelo cuando recobré milagrosamente la salud desapareciendo á la vez los dolores y todo esto sin operación alguna?

Ruego á Ud. se sirva publicar esta gracia para expresar así mi agradecimiento al mismo tiempo que acompaño una ofrenda para el templo dedicado á María.

MARGARITA MORINO.

Brá, 1º de octubre de 1890.

La señora María de Cavour enferma de pulmonía fulminante estaba á punto de morir, y como el médico manifestase que ya no quedaba humana esperanza, el Cura Señor Arato que había ocurrido para proporcionar á la enferma los consuelos de la religión, invitó á las personas que estaban con ella á que recomendasen la curación á María Auxiliadora. Todos convinieron en ello y rogaron con gran devoción. Poco después decía la misa el mismo Sr. Cura y pedía á María Santísima la salud de la enferma. Pues bien, ésta como despertándose de un sueño recobró el habla que había perdido, cesó la fiebre y desapareció todo peligro.

Días después vino al santuario de María Auxiliadora en Valdocco á manifestarle su reconocimiento.

20 de noviembre de 1890.

ANTONIO DAMILANO.
Presbo.

(Del registro de las gracias de María Auxiliadora).

NECROLOGIA

En el mes de octubre de 1890 con la muerte del Sr. D. Maximiano Errázuriz, perdió Chile á uno de los más ínelitos ciudadanos y modelo de cristianos. Su muerte ha sido con razón un duelo nacional y el Arzobispo mismo de la arquidiócesis de Santiago, en atención á los relevantes méritos del Sr. Errázuriz y de sus grandes servicios hechos á la Iglesia dispuso que se celebraran en sufragio de su alma solemnisimas exequias en la iglesia metropolitana. De la oración fúnebre pronunciada por uno de los más distinguidos oradores sagrados de aquella república tomamos lo siguiente: « El señor Don Maximiano Errázuriz fué uno de esos ricos generosos que hizo consistir el patriotismo en la caridad, que es precisamente la que le constituye en virtud cristiana..... Fué presidente de la Cámara de Diputados y más tarde uno de los senadores más respetados por la cordura, justicia y patriotismo de sus opiniones. En la diplomacia prestó á la nación valiosos servicios, siempre gratuitos, pues llevó su delicadeza hasta no aceptar jamás sueldo alguno en el desempeño de los puestos que el bien público le exigía; y aun la llevó más allá. Tratábase de una negociación importante que él encabezaba como Ministro de Chile. El éxito parecía dudoso. ¿Por qué, si el negocio es bueno, no toma acciones un capitalista como Ud.? se le dijo. — Porque no me parece correcto en mi carácter de Ministro; mas, si mi abstención ha de contribuir á la desconfianza, no tengo inconveniente en tomarlas, contestó el Sr. Errázuriz. El resultado fué feliz. Realizó después sus acciones con brillantes utilidades, y aunque había aceptado bajo su responsabilidad personal el peligro de las pérdidas, no creyó conforme á su delicadeza aprovechar las ganancias; y acciones y utilidades, que representaban muchos miles de pesos, las regaló generosamente á las áreas nacionales.

En sus magníficos establecimientos industriales y hasta hermosos pueblos, debidos á su tesón y nobles fatigas, atendiendo al bien común, se preocupaba con paternal solicitud del bienestar moral y físico de todos sus empleados y obreros desde el más alto hasta el más miserable. A la sombra del templo que costeaba con gusto y esplendor, se santificaba y vigorizaba al trabajo, para que el hombre, al continuo contacto de la materia, no olvidase los destinos inmortales del espíritu: allí estaba siempre el sacerdote para purificarle, consolarle, instruirle y sostenerle.

La escuela cristiana era inseparable de sus establecimientos. Allí estaba el hospital y el lazareto, servidos por los ángeles de la caridad y por las manos mismas de aquel rico apostólico, para atender espiritual y corporalmente al enfermo. Este verdadero amigo del pueblo cifraba sus delicias en ver á su alrededor la paz, la inocencia y la felicidad de los suyos; en levantarse con la aurora, santificar el día con la oración, el Sacrificio Augusto y el Pan Divino, y luego en repartir las faenas, dirigir las y vigilarlas; en recibir generosamente y con patriarcal bondad al huésped ó al amigo, en oír al caer de la tarde el canto del trabajador que torna contento á su familia y recibe las caricias del hijo, de la esposa ó de la madre amantes y felices..... Los Templos, la Unión Católica, los Seminarios, las nuevas fundaciones religiosas, la prensa y los colegios católicos le tenían por su protector magnífico, casi por su fiador obligado. Coadyuó con 50,000 pesos á la fundación de la Universidad católica; daba sin contar para los Seminarios de Ancud, San Pedro Damiano y de Valparaíso. La muerte le ha sorprendido cuando se ocupaba en el gran proyecto de dotar regiamente á todas las parroquias pobres de la arquidiócesis. En su testamento adopta á la Iglesia por hija, y no contento con haberle dado en vida centenares de miles, la lega cuanto puede disponer de su cuantiosa fortuna. ¡Verdaderamente fué grande entre los grandes amigos de Dios! »

Con el fallecimiento del Sr. Errázuriz hemos también perdido los Salesianos á uno de nuestros más insignes bienhechores, como que siempre miró con vivo afecto é interés á las Misiones establecidas en Concepción, Talca, Puntarenas y Tierra del Fuego. Y al expresarle nuestro profundo agradecimiento por sus larguezas, acostumbraba repetirnos: Tengo particular aprecio á los Salesianos y muchísimo deseo que vengan á establecer una casa en mi fundo de Panquehue. No cesaré de trabajar en mi propósito hasta conseguirlo; quiero que me ayuden á moralizar, instruir y santificar á todos los pobres de este lugar; quiero además ser generosos con ellos para que Don Bosco lo sea conmigo. Acabábase de aceptar su invitación y preparábanse ya los misioneros que habían de ir á realizar sus deseos cuando Dios le llamó á sí. Él le tenga ya en su gloria y premie su caridad con espléndida corona inmortal.

Recomendamos su alma en las oraciones de nuestras Casas y en las de todos nuestros Cooperadores.



HISTORIA DEL ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES

CAPÍTULO XXX.

Proyecto de la iglesia de San Francisco de Sales. — Profección ó pronóstico. — Bendición de la piedra fundamental. — Discurso del P. Barrera. — Circular del Ilmo. Obispo de Biela. — Lotería. — Generosa subvención del Rey.

Libres, con la compra de la casa de Pinardi, de los alborotos y desenfrenos que en ella producían sus antiguos inquilinos y destruida la fonda y burdel de *La Jardinera*, llegaba la ocasión de edificar una iglesia más apropiada para los esplendores del culto divino y para el creciente número de niños. Si bien algo habíase ensanchado la primitiva no dejaba aún de ser pobre, estrecha y mezquina. Como por otra parte hallábase un tanto debajo de tierra, siendo menester bajar dos gradas para entrar en ella, era en extremo húmeda en invierno, sofocante en verano y malsana en todo tiempo. Era, pues, no sólo útil sino necesario construir una nueva sin estos y otros inconvenientes.

Poco hacía que Don Bosco había comprado la casa de Pinardi, cuando una tarde dijo á Margarita su madre:

— La capilla es demasiado estrecha, húmeda y falta de ventilación; tiempo es de edificar una en honor de San Francisco de Sales.

— ¿Pero cómo? Nada, absolutamente nada tenemos, le respondió ella; sabe Dios de qué manera se alimentan y viven estos pobres niños. Una casa para el Señor es muy preciosa obra; ¿mas de dónde sacarás dinero?

— Si Ud. fuese rica me daría lo que le pidiera?

— Puedes imaginarte con cuanto gusto.

— Pues bien, Dios, tanto más bueno y generoso que Ud., tiene riquezas con que llenar el mundo; espero que tratándose ahora de una obra para su mayor gloria, me dará en el debido tiempo y circunstancias lo que sea menester.

Llamado en consecuencia al ingeniero Blachier para que levantara el plano, llegó casi al mismo tiempo Don Federico Bocca al cual preguntó Don Bosco si quería hacerse cargo de la construcción.

— Con mucho gusto, respondióle.

— Pero debo advertirle que podrían llegar circunstancias en que el dinero me faltase oportunamente para los gastos de la obra.

— En tal caso andaremos despacio.

— ¡Ah no! yo desearía que se hiciese con gran actividad y que dentro de un año estuviese concluida.

— Pues entonces se activará el trabajo.

— Bien, manos á la obra; nos ayudará la Providencia.

Comenzáronse los trabajos en la primavera de 1851. Recordáronse entonces ciertas palabras de Don Bosco á que antes no se había dado importancia. En 1846, cuando se rebajaba el suelo del cobertizo de Valdocco para transformarlo en capilla, entreteníanse un día los niños en subir sobre la tierra que sacada de allí estaba amontonada. Era un domingo. Don Bosco subió á su vez sobre aquel montón y dirigiéndose á los alumnos que se agrupaban á su alrededor hizoles cantar una alabanza á Jesús y María y luego les dijo: *Sabed que un día en este mismo lugar se erigirá el altar de una iglesia; adonde vendréis vosotros para recibir la santa Comunión y bendecir al Señor.* Cinco años después edificábase esa iglesia y el altar mayor estaba precisamente en el lugar mismo indicado por Don Bosco.

Trabajóse con grande empeño de modo que el 21 de julio de 1852 se celebró la bendición de la primera piedra. Los seiscientos y más niños del Oratorio esparcieron por la ciudad la noticia de esta fiesta y en la tarde en que se verificó fué tanta la concurrencia que jamás habíase visto allí cosa semejante. Al Ilustrísimo Sr. Franzoni Arzobispo de Turín, que tanto nos amaba, correspondía ciertamente presidir aquella ceremonia; pero en aquellos aciagos tiempos el intrépido Prelado hallábase (desde agosto de 1850) desterrado en Lyon. Presidióla en su lugar el canónigo Moreno ecónomo general, y colocó la primera piedra el comendador Don José Cotta, excelente amigo de Don Bosco y bienhechor nuestro. Extendida la declaración de estilo encerróse dentro de la misma piedra con algunas medallas y monedas conmemorativas. En tal ocasión el célebre P. Barrera que allí estaba presente, conmovido á la vista del inmenso gentío y de la imponente ceremonia improvisó un precioso discurso. « Señores, dijo, la piedra que acaba de ser bendecida y colocada como fundamento de la iglesia que se comienza tiene dos grandes significados. Significa el grano de mostaza y formará místico árbol á cuya sombra vendrán á refugiarse numerosos niños. Significa además que la Obra del Oratorio basada en la fe y caridad de Jesucristo será como piedra indestructible, contra la cual lucharán en vano los enemigos de la Religión y los espíritus de las tinieblas. » El orador desarrolló en seguida su pensamiento con tanta elocuencia que el auditorio parecía hallarse estático pendiente de sus labios. Sus palabras fueron de efecto admirable y de tanta verdad y previsión que se han cumplido perfectamente.

Los muros levantábanse ya algunos metros sobre la tierra cuando faltaron á Don Bosco los recursos. Ayudado de algunas excelentes señoras había recogido 35,000 liras; mas habíanse ya consumido y fué entonces necesario recurrir á la beneficencia pública. El

Ilmo. Sr. Obispo de Biela Dr. Don Pedro Losanna considerando que el nuevo edificio y la institución del Oratorio eran de manifiesta ventaja para los aprendices de albañil de su diócesis, y los cuales residían gran parte del año en Turín, invitó á sus parrocos á concurrir con sus limosnas y con este fin publicó la siguiente circular:

Muy señor mío:

« El ínclito y piadoso sacerdote Don Juan Bosco, animado de evangélica caridad, ha emprendido la obra de reunir en Turín los días festivos á todos los niños abandonados y vagabundos del populoso barrio comprendido entre Borgo Dora y Martinetto, de congregarles en un conveniente local y, proporcionándoles honestos entretenimientos, de instruirles y educarles cristianamente. Y tal ha sido su santa industria que la capilla preparada al efecto ha llegado á ser de tal modo estrecha que actualmente no puede contener más de una tercera parte de los más de seiscientos niños que á él acuden. Deseoso de hacerles el bien trata ahora de construir una iglesia correspondiente á las necesidades de aquellos, y con este motivo ha implorado la caridad pública y con particular confianza á esta provincia y diócesis dirigiéndose á mí haciéndome notar que más de la tercera parte de los niños que se reúnen en su Oratorio son de Biela, y que varios de ellos reciben aún de él hospedaje, son provistos gratuitamente de alimento y vestido, y ocupados en el aprendizaje de honrado oficio. La caridad y la justicia exigen por lo tanto que se escuche benevolamente su petición y así ruego á Ud. tenga á bien recomendar esta santa obra á sus feligreses, hacer una colecta en un señalado día festivo y enviar el producto á esta Curia, indicando el valor de ella y la parroquia de la cual proviene.

» En tanto que los hijos de las tinieblas intentan abrir un templo para enseñar el error y la perdición (1) no podrán los hijos de la luz no mirar con interés la construcción de una iglesia donde se enseñe la verdad y se trabaje por la salvación de los compatriotas y hermanos.

» En la viva esperanza de que con las limosnas que se recojan en esta diócesis nos quepa la satisfacción de ofrecer una consoladora ayuda al mencionado hombre de Dios al mismo tiempo que un público testimonio de la piedad ilustrada y agradecida de mis

diocesanos en tratándose de una obra tan santa, tan útil y necesaria, aprovecho la oportunidad para repetirme con la mayor estimación y afecto,

De Vd.

Afmo.

J. PEDRO Obispo

Biela, 13 de setiembre de 1851.

Gracias á esta circular consiguieron mil francos. Mas siendo necesarios más crecidos recursos Don Bosco ideó una lotería de objetos, y al efecto obtuvo el permiso del Intendente General, en decreto de 9 diciembre de 1851. Para llevarla á cabo establecióse una Comisión, compuesta de muy distinguidos señores y señoras y solicitaron ofrendas de todas partes. El Sumo Pontífice Pío IX, Su Magestad el Rey Victor Manuel, la Reina María Teresa, la Reina Adelaide, el Duque y la Duquesa de Génova y en general toda la Corte real y toda la nobleza de Turín concurrió con sus limosnas. El Gobierno mismo á fin de favorecer esta Obra decretó extensión de franqueo postal á todo pliego que se enviase por Don Bosco ó á él se dirigiese. Se reunieron con esta lotería 3,251 objetos que fueron depositados y expuestos en una hermosa y gran sala proporcionada por el Municipio de Turín tras de la iglesia de Santo Domingo. Se emitieron cien mil billetes á media peseta cada uno y excelentes amigos de Don Bosco eclesiásticos y laicos encargaron de repartirlos por todas partes. Como muchos se perdieran, solo se consiguió el valor correspondiente á setenta y cuatro mil, del cual quiso D. Bosco participar al Pequeño Hospital de la Providencia, fundado por el venerable Cottolengo.

La Divina Providencia se mostró complacida de esta caridad fraterna y concedió á Don Bosco una recompensa, á saber: Como un mes antes de la colocación de la primera piedra de la iglesia de San Francisco Don Bosco había hecho una solicitud al Rey Victor Manuel, en la cual le recordaba agradecido la benevolencia dispensada por su Magestad á los pobres niños del Oratorio, le daba noticia de la construcción de la nueva iglesia, rogábale se dignase honrar la ceremonia con colocar la primera piedra, y que en caso de no serle posible le rogaba tuviese á bien seguir dispensando al Oratorio su protección soberana. Pues bien el 5 de julio de 1851 Don Bosco tenía la satisfacción de recibir de la Secretaría de Estado una carta en la cual se aplaudían calurosamente sus trabajos, se le felicitaba por su patriótica y religiosa empresa y por fin poco después un pliego con el acuerdo en que se le concedían diez mil liras para su Obra.

(Continuará)

(1) Alude al templo que construían los protestantes en el Cerzo Vittorio Emanuele, cerca del cual hoy día se ve nuestra iglesia de San Juan Evangelista.